



LAS CARTOGRAFÍAS COMO DISCURSO

ARANCIO, Mariel Alejandra; DAUMAS, Lucía; FERNANDEZ, Daniela; NEROME, Mariela; PETROCELLI, Santiago Pablo; SCARDINO, Marisa; SCHWEITZER, Mariana; SCHWEITZER, Pablo

mariel.arancio@gmail.com, lucia.daumas@live.com.ar,
marinerome@gmail.com, santiagopetrocelli@gmail.com,
marisascardino@gmail.com, marianaschweitzer@gmail.com,
pablosarg@gmail.com

CIHaM-FADU-UBA

Resumen

Los mapas son representaciones gráficas que se basan en lenguajes visuales heterogéneos cuyo objetivo es transmitir información. Los procesos de recolección de datos, simbolización, elección de la escala y proyección se enfocan en conseguir este fin.

En tanto imagen, los mapas no son un reflejo en escala de la realidad, sino que constituyen un discurso gráfico sobre los territorios; inciden sobre la manera de visualizar y entender el alcance del territorio nacional, la posición del país en el mundo y sus interrelaciones. En la construcción de mapas no hay decisiones estrictamente técnicas, objetivas y neutrales, sino que implican tensiones, intereses y decisiones políticas que influyen decisivamente en su elaboración; se decide qué elementos ubicar en la categoría de datos y cuáles son silenciados. Pueden ser realizados para afianzar o para denunciar una relación de dominación, una situación de conflicto o un objetivo deseable de territorio, por ejemplo.

A partir de la revisión del debate sobre la construcción y el uso de las cartografías, en



este trabajo se ejemplificará el análisis del sistema urbano-regional argentino, construyendo distintos mapas en función de una matriz de datos común. En tal sentido, se busca identificar de qué manera es posible encontrar distintas representaciones utilizando la misma fuente de datos.

Palabras clave

Mapas, Imágenes y sistemas de representación, Escalas, Discurso cartográfico, Imagen y poder

Introducción

Aun cuando se ha vuelto un lugar común la afirmación de que vivimos una época eminentemente visual y oculocéntrica –marcada por la ubicuidad de las imágenes, los incesantes estímulos visuales y la multiplicidad de soportes que permiten la circulación de imágenes–, los especialistas coinciden en afirmar que ese incremento –aparente o real– de imágenes no ha sido acompañado de una reflexión metodológica suficientemente sofisticada y sólida. (...) si tenemos en cuenta que, en plena era digital, la mayor parte de la gente ha intervenido, alterado o modificado una fotografía al menos alguna vez en la vida y, aun así, la fotografía sigue conservando un aura realista prácticamente indestructible, (...) no debería sorprendernos que también persista férreamente la noción de mapa como instrumento neutro y científico (Lois, 2015, pp. 2-4).

Lefebvre (1976) entiende que los mapas lejos están de representar la realidad de manera objetiva y neutral, y que cuando un técnico adquiere el “saber hacer” profesional del oficio cartográfico, se oculta el hecho de que sus procedimientos técnicos devienen en una reducción, simplificación y representación del espacio real, del espacio vivido.

La cartografía es una disciplina que se nutre de conocimientos provenientes de la geografía, historia, matemática y geometría, pero también de la política. Sus productos se proponen como la representación científica e ideológico-cultural de una sociedad situada en tiempo y espacio. Por ello, a través de sus mapas podemos ver cómo las sociedades (se) piensan o como las ideologías hegemónicas buscan naturalizar sus discursos pretendiendo la neutralidad de esas herramientas (Sonna, 2014).

Los mapas son objetos en acción, tienen por función representar un fragmento de la realidad y a la vez constituyen un discurso cartográfico sobre los



territorios. Como discurso, los mapas pueden ser pensados como herramientas y como tal, utilizados para potenciar los mecanismos de control.

En este trabajo se propone recoger el análisis de los mapas como representación, como discurso y como, en función de los objetivos, se decide qué y cómo plasmarlo. El fin es describir de qué manera la construcción de la imagen cartográfica lejos está de ser neutral, sino que se enmarca en representaciones y discursos heterogéneos. El punto de partida es teórico conceptual y se incorpora una ejemplificación a partir de producción cartográfica como apoyo del recorrido analítico.

Los mapas como producto cultural

Considerando que un mapa es toda representación gráfica que hace accesible el conocimiento espacial de cosas, conceptos, condiciones, procesos o eventos del mundo humano (Harley & Woodward, 1987), el origen de los mapas precede al de la cartografía. El término cartografía fue oportunamente acuñado recién en el siglo XIX, en el contexto del proyecto de expansión colonial inherente a la Modernidad en Occidente, como ciencia abocada a representar el mundo, a traducirlo en imagen (Montoya, 2007).

En 1973, la *International Cartographic Association*¹, definió al mapa como la “representación de una relación de rasgos materiales o abstractos de la superficie terrestre o de un cuerpo celeste, generalmente realizado a escala y dibujado sobre un plano”². Se trata de una definición limitada y reduccionista, que caló en el sentido común y oculta implicaciones epistemológicas asociadas a un enfoque que enarbola las operaciones técnicas como método infalible para reducir lo real y plasmarlo en un plano. En una definición más amplia, entendemos que existe un abanico de imágenes diferentes entre sí –por ejemplo, una carta topográfica, una aplicación GPS de celular o un mapa de un lugar imaginado por Ítalo Calvino– que, aunque merezcan tratamientos y conceptualizaciones específicas cada una de ellas, pueden ser legítimamente consideradas mapas. El universo de mapas es variado y existen aquellos que articulan cierta estética cartográfica sin recurrir a todas sus convenciones, lenguajes y códigos de representación, más allá de su estatus cartográfico asociado al grado de cientificidad de este. Por ello, debemos pensar en mapas en plural, de igual manera que la diversidad de géneros y discursos literarios no nos conlleva a pensar el texto en singular (Lois, 2015).

Los mapas, entendidos como elaboraciones que utilizan un sistema convencional de signos, se vuelven texto y en tanto sistema que ofrece un conjunto de reglas de representación del conocimiento se vuelven discurso.

¹ Fuente: <http://cartography.tuwien.ac.at/ica/index.php/TheAssociation/Mission> Fecha de última consulta 15-07-2019.

² Cita en idioma original: “A map is a representation normally to scale and on a flat medium, of a selection of material or abstract features on, or in relation to, the surface of the Earth or of a celestial body”

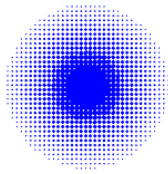


Los mapas no sólo nombran, ubican y cuentan, sino que, en tanto imagen retórica cargada de valor, evalúan, miden y convencen, al igual que cualquier otra forma discursiva. En ese sentido amplio de concebir a los mapas, Harley (2005) propone abordar la lectura de estos por fuera de los cánones de la crítica cartográfica tradicional³, ligada a contrastes binarios entre mapas precisos e imprecisos, literales y simbólicos, ciertos y falsos, de integridad científica o distorsión ideológica. Es decir, más allá del estatus cartográfico referido a procedimientos, normas y técnicas de un modelo científico estándar de conocimiento –elaborado en Europa– dirigido a producir un modelo “correcto” –objetivo y semejante– de la realidad. Entonces, en cuanto discurso, un mapa puede ser analizado mediante el análisis de la utilización de signos convencionales, elementos pictóricos y componentes retóricos en todos los elementos del mapa: tamaños relativos, lugar fijado como centro de la imagen, textos y nominaciones, colores y ausencias deliberadas de información.

Los mapas, antes que un producto técnico, son un producto cultural –del conocimiento/poder–, una forma particular de ver el mundo que puede ser descifrada sólo si se analiza el contexto en que se realizaron y utilizaron, los motivos que alientan tal mirada y sus efectos, es decir, el contexto del cartógrafo, el contexto de los otros mapas y el contexto social. En el discurso de los mapas han operado valores e intereses relativos a la etnia, política, religión o clase social insertos en la sociedad productora de mapas. En esa misma línea, entender a los mapas como una forma de lenguaje, alienta a indagar en cuestiones como transformaciones en los lectores de los mapas, los niveles de cartoalfabetismo, condiciones de autoría, secretos y censuras y la naturaleza de las manifestaciones políticas realizadas por los mismos (Harley, 2005).

Considerar al mapa como discurso y producto cultural, permite ampliar el análisis de la producción de tal como imagen inscrita en un determinado contexto histórico, interpelada por distintos actores, intereses del autor y de las agencias financiadoras de su producción, metodologías, técnicas y herramientas, así como también el impacto que produce en el público destinatario su vínculo comparativo con otras imágenes y documentos que representan la misma realidad espacial (Montoya, 2007).

³ Los cartógrafos elaboraron un "sentido del otro" para los mapas que no se ajustaban a criterios científicos de la cartografía. Mapas producidos por los periodistas fueron evaluados por cartógrafos en relación a normas de objetividad, precisión y certeza. (Harley, 2005).



El discurso cartográfico como instrumento de poder

Por detrás del aparente desinterés científico positivista, la enarbolada búsqueda de verdad de la cartografía disfrazada como actividad objetiva y neutral, oculta un anhelo de poder inscripto en las fuerzas sociales que estructuraron y promovieron la cartografía.

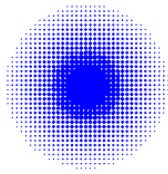
“A lo largo de una gran parte de la Historia, el cartógrafo fue un títere vestido con un lenguaje técnico, cuyos hilos eran manejados por otras personas” (Harley, 2005: 67).

La proyección de una imagen –como los mapas– puede tener por objetivos denunciar situaciones, como ser una relación de dominación, ilustrar una problemática o un conflicto, expresar particularidades, circuitos productivos, relaciones entre territorios, etc. Según Barrera, los mapas forman parte de un discurso –el cartográfico– que siempre está connotado políticamente pero también de un modo más amplio, socialmente (Barrera, 2014).

Harley (2005), quien trabajó sobre la historia de la cartografía, agrega que no solo en su contenido, sino también en los signos y en la forma de representación hay un ejercicio subjetivo, intencional, de ejercicio de poder. El poder encontró una vía de expresión a través del discurso cartográfico para generar efectos en la sociedad. Para su análisis, el autor propone diferenciar entre poder interno y externo. El primero, refiere al estamento técnico como creador de un panóptico espacial, cuyo poder se inserta en el texto cartográfico –al igual que se habla del poder de la palabra o de un libro– y se lo asocia al proceso de selección, representación, clasificación, simbolización, categorización y jerarquización de la información. Por su parte, el análisis del poder externo sirve para vincular mapas con su comitente, es decir, con el interés particular que motiva y condiciona la realización de la cartografía.

En tiempos de la expansión colonial de Europa del siglo XVI, la importancia de contar con mapas capaces de describir con exactitud el tamaño, forma y ubicación de los territorios descubiertos e inferir los potenciales recursos e intereses del poder colonial, colocaron a la cartografía como saber geopolítico estratégico y determinante para el ámbito militar de potencias marítimas europeas y para el establecimiento, delimitación y sustentación de su soberanía estatal. (Montoya, 2007). Harley va a fondo con esta noción ligada a que los mapas apoyaron el ejercicio directo del poder territorial de las formaciones sociales dominantes. El autor denuncia que

al igual que las armas de fuego y los barcos de guerra, los mapas han sido armas del imperialismo. (...) los mapas se usaron en la promoción colonial y se adueñaron de las tierras en papel, antes de ocuparlas efectivamente” (Harley, 2005: 85).



En ese marco, el saber cartográfico se constituyó en un baluarte de la discursiva de la modernidad, cuyo horizonte fue la universalización de los parámetros del pensar racional con cimientos cartesianos. La cartografía contribuyó a instalar una visión del mundo eurocéntrica, católica y blanca apelando al conocimiento como poder. Los avances más trascendentales en cuanto a metodologías e instrumentos relativos a la cartografía surgieron en este contexto de expansión de los imperios y construcción de subalternización que, además de la presencia física y el control territorial hegemónico, incluía estrategias ligadas a configurar al saber científico en un dominio inobjetable, virtud y don del colonizador (Montoya, 2007).

A partir del momento histórico arriba señalado, la realización de los mapas fue tendiendo a configurarse en cartografía científica, enmascarando la noción de que se constituyen en verdaderas ventanas hacia las sociedades que los configuran como lo son a la realidad que representan. La creciente precisión en las mediciones se convirtió en talismán de autoridad, realzando su poder simbólico. Dicho de otro modo, la apariencia cargada de autoridad de los mapas modernos oculta la finalidad de su elaboración y refuerza su poder como disciplinador del espacio, así como el reloj disciplina al tiempo.

En ese sentido, Lefebvre (1974) entiende que la representación del espacio en el capitalismo adquiere una función instrumental, ejecutada por tecnócratas como herramienta de poder para imprimirle un espacio dominante al conjunto de la sociedad. En este punto, la producción de cartografía juega un papel central como herramienta discursiva capaz de encubrir una estrategia de dominación de clase en el control y legitimación del espacio contemporáneo. En definitiva, el autor considera a la ciudad capitalista de su tiempo como el paradigma de la imposición del “espacio abstracto” –espacio mercantilizado y burocratizado– a las clases populares por parte de las clases dominantes y sus cibernantropos –tecnócratas–.

Los mapas detentan un poder instrumental, colabora con quienes ejercen el poder de diversas formas: sea para administrar la propiedad de la tierra, la justicia, reforzar la ley, subir impuestos, entre otras cosas. A la vez que registran un poder psicológico para negar o legitimar dimensiones sociales del espacio (Harley, 2005).

La gramática cartográfica: proyecciones y escala como decisión valorativa

Un mapa es el resultado de acuerdos vigentes al momento de su elaboración, de convenciones que, como tales, son construcciones situadas. No existe un solo mapa que no sea el resultado –consciente o inconsciente– de acuerdos vigentes (Barriera 2014). Este carácter convencional de la cartografía es político ya que a las convenciones se llega después de que algunas partes interesadas discuten y acuerdan cosas.



A partir del siglo XVI, la realización de mapas legitimados por su “cientificidad” por las potencias europeas, desacopló el centro étnico del centro geométrico. El hecho de que cada formación social produzca un mapa desde su punto de vista –colocándose en el centro de este, como era usual hasta la fecha–, fue calificado como precientífico. En esos años, se incorporó la matematización de la perspectiva suponiendo la adopción de un punto de vista fijo y único y una mirada soberana posicionada por fuera de la representación. Se afianzó una perspectiva universal del espacio que, en el afán de alcanzar el principio científico de objetividad, invisibilizó el lugar de la observación al separar el sujeto cognoscente y el objeto conocido (Montoya, 2007).

Este punto de vista –un tipo de proyección cartográfica– se denominó proyección de Mercator. Fue ideada a mediados de siglo XVI por Gerardus Mercator, un europeo dedicado al estudio en matemáticas, astronomía y geografía. En ella, el Norte está arriba, la longitud cero pasa por Greenwich (Inglaterra) y los mapas se centran en Europa Occidental, América del Norte o el Atlántico Norte. Aunque en el espacio no hay arriba, ni abajo, ni izquierda, ni derecha, desde este punto de vista el Norte está siempre arriba y el Sur siempre abajo. La ubicación de los polos y de los meridianos es convencional.

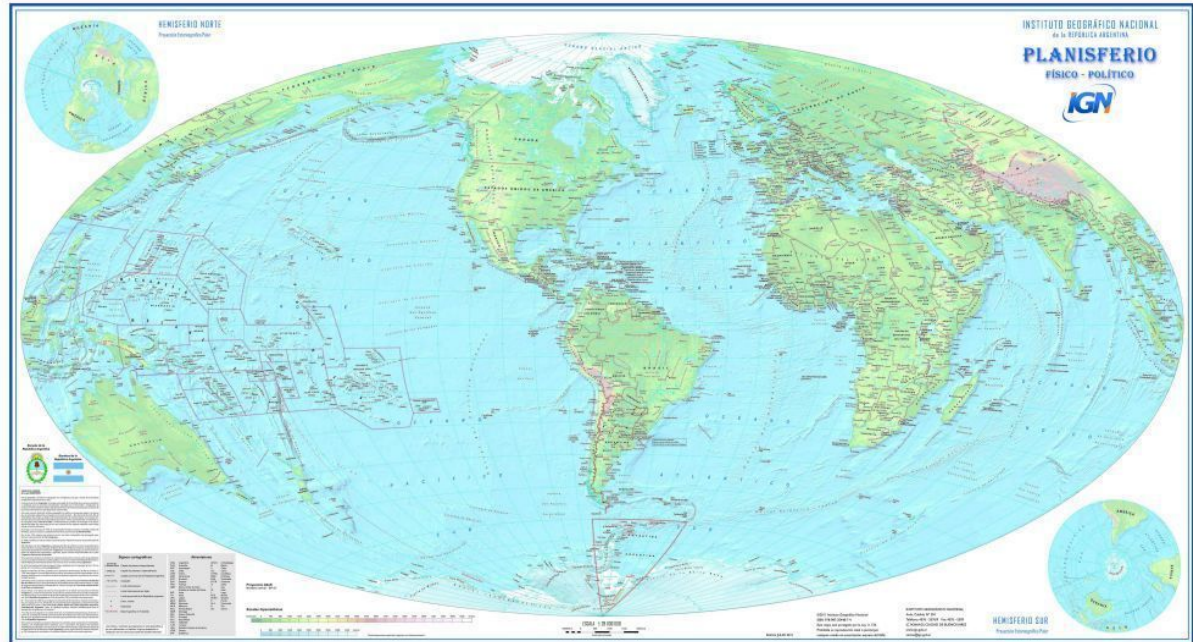
Presentada como objetiva y natural, lleva consigo una mirada eurocéntrica del mundo, con el hemisferio Norte ubicado de manera dominante en el plano superior y el Sur dispuesto sumisamente en el plano inferior. Esta forma de representación del planeta, respeta la forma de los continentes pero no sus tamaños. El Norte se representa sobredimensionado, justo allí donde se concentra el poder económico, tecnológico y militar mundial, en detrimento de la subdimensión de los territorios del Sur. Como ejemplos de la distorsión, América del Sur, que tiene una superficie continental de 17.840.000 km², es presentada más chica que Groenlandia cuya superficie es de 2.166.086 km²⁴, ocho veces menor. Lo mismo sucede con África en relación con la superficie de Canadá y EE.UU. o con India en relación con Europa Occidental.

En el año 2010, el Instituto Geográfico Nacional argentino cambió el mapa oficial del país para darle un mayor protagonismo a la Antártida y elaboró el planisferio que se muestra a continuación, modificando el centro de este y, con ello, los tamaños relativos. Se propuso como objetivo expresar las transformaciones geopolíticas de las últimas décadas y descolonizar nuestra mirada en la representación cartográfica.

⁴Menor a la de Argentina, de 2.780.400 km².



Mapa 1. Planisferio con modificaciones respecto de las convenciones hegemónicas



Fuente: Instituto Geográfico Nacional

La proyección de Mercator ha sido tan difundida, tan familiar, que prácticamente no se cuestiona su carácter arbitrario. La misma mantiene vigencia en la actualidad como proyección oficial en muchísimos países, incluso es utilizada en aplicaciones de mapas web como Google Maps. En Argentina, para la confección de los mapas oficiales se ha utilizado la proyección Mercator, con planisferios que tienen el “punto cero” en el océano, en el meridiano de Greenwich y su cruce con el Ecuador.

No hay planisferio que no sea subjetivo, de modo que no pueden evitarse distorsiones de tamaños y formas en el acto de representar el geode en un papel. En la representación del planisferio hay una mirada geopolítica del Estado. Llegados hasta aquí, estamos en condiciones de decir que el Planisferio Mercator imprime un claro mensaje eurocéntrico y colonialista, que es un dispositivo institucional donde las hegemonías y dependencias fueron naturalizadas. Tan naturalmente se presenta el mapa bajo esta proyección y orientación, que otras fueron cuestionadas. Aun en la actualidad, donde la cartografía dejó de ser un instrumento reservado para un pequeño puñado de especialistas de la mano de los avances tecnológicos en materia de información, comunicación y —especialmente— nuevo software libre en sistemas de información geográfica, la naturalizada proyección Mercator sigue siendo la más utilizada.



Otro aspecto que amerita resaltarse es el tema de los nombres. Los mapas llevan insertos nombres de los lugares que representan. En Argentina, y en Latinoamérica, en general, los mapas llevan los nombres que les dieron los colonizadores; por ejemplo, nombres católicos como San Juan, San Luis, por citar provincias, o Capilla del Señor, Cruz Alta, por hablar de jurisdicciones menores. En los nombres también subyace la relación de dominación, al menos del momento en que el nombre fue adjudicado y luego no alterado.

La cartografía ha sido una herramienta de la geografía para representar el espacio, desde el inicio de la disciplina. En ese marco, el concepto de escala se asoció a esta noción instrumental y numérica propia de la producción cartográfica. Es decir, fue entendida como relación matemática, una razón entre la distancia en el mapa y la distancia en el terreno, circunscripta a un procedimiento técnico específico, como un instrumento avalorativo y neutro a disposición del objeto de estudio. En el “Diccionario de geografía aplicada y profesional”, la escala es entendida como la

relación que existe entre las magnitudes de los elementos representados en el mapa y las que éstos mismos tienen en la realidad. Define la reducción a la que debemos someter a la superficie terrestre para poder representarla en un documento, en un mapa, cuyo tamaño es mucho menor. La representación de la escala en un mapa puede ser gráfica o numérica. (López Trigal, 2015:220).

Esta noción instrumental de escala también ha sido utilizada para clasificar los mapas, denominándose convencionalmente plano a las representaciones de escalas mayores a 1:50.000 –como un plano urbano–; mapa cuando la escala varía entre 1:50.000 y 1:500.000 –como una hoja topográfica– y carta cuando la escala es mayor a 1:500.000 –como un planisferio–. En este tipo de clasificación, la escala funciona como un dispositivo de observación, donde determinados fenómenos son visibles –o no– en particulares escalas (Lois, 2015). Bajo estas consideraciones, la escala se presenta como una herramienta metodológica necesaria para la elaboración de cartografía y, a la vez, despojada de su potencial carácter explicativo, conceptual o teórico. Se presenta como una operación matemática.

La cuestión que se enmascara con esta proliferación en la utilización de las escalas es que el concepto de escala puede adquirir una gran potencialidad explicativa para indagar en la lógica geográfica del capitalismo. Entendiendo que los procesos territoriales no se circunscriben a una u otra escala, más bien producen escalas particulares en su despliegue y selectividad territorial, su simplificación, naturalización y utilización como noción de categorías estancas, puede derivar en un análisis deshistorizado, estático y alejado de los procesos sociales que la conforman. Como producción social, las escalas no son fijas, sino que se redefinen, disputan y realzan particulares interrelaciones. En la elección de la o las escalas instrumentales de representación, se define qué



relaciones mostrar. Las dinámicas socioespaciales subyacen en la definición de las escalas instrumentales de representación, que viabilizan u obstaculizan diferentes lecturas, análisis e interpretaciones. En esa línea, Novoa Torres (2016) señala que, si bien el referente físico material está presente en el concepto de escala, esta debe entenderse como producto de relaciones económicas, sociales, ambientales, culturales y de poder siempre superpuestas y en permanente tensión (Scardino, et. al., 2016).

El mapa como representación

Los mapas lejos se encuentran de constituirse en una reproducción fiel de lo real, más bien reflejan una visión del mundo en dos dimensiones. En ese sentido, Sonna (2014) propone al mapa como una representación y como tal, como una ficción. En tanto representación, supone un punto de vista, una perspectiva –intencionada– que nos limita a la imagen que se busca expresar. Producto de la naturalización de una perspectiva es que, si bien sabemos que un mapa es una imagen, a veces se lo piensa como si fuera el propio objeto representado y no una imagen de él (Sonna, 2014: 126). Cuando una perspectiva se naturaliza, la imagen pierde su carácter proyectivo y se constituye en hegemónica, perdiendo de vista su intencionalidad manifiesta en la supresión de sentidos divergentes que el mapa hace de lo real.

La cartografía es una representación, como una obra de teatro puede representar –más o menos fielmente– un conflicto bélico. Se entiende que

los mapas trazan una realidad nueva, abstracta y simbólica, según convenciones sociales validadas por el uso, que hacen que en una cierta época y sociedad se reconozca el mundo en el cual se vive en una determinada configuración gráfica” (Piccolotto, 2004:195, citado en Montoya, 2007).

La hegemonía del mapa en análisis socioespaciales tiende peligrosamente a asimilar un discurso de un territorio sin pasado, mientras que el territorio es una incesante construcción histórica, con sus particulares huellas, tendencias, luchas de poder, modelos de desarrollo, justicias e injusticias superpuestas en el espacio.

Montoya (2007) manifiesta que el mapa no sólo representa el territorio, sino que también lo produce, dice que

la cartografía en su carácter de versión fiel de lo real, neutro y científico, cumple una función mistificadora, transformando su carácter de instrumento en artefacto cultural de construcción del territorio. El mapa cumplirá entonces no sólo la función de familiarizar al sujeto con el entorno sino también aquella más profunda de «naturalizar» el orden de



las relaciones que le son permitidas con el espacio, cumpliendo una función ideológica (Montoya, 2007: 167).

En la construcción de mapas no hay decisiones estrictamente técnicas, objetivas o neutrales, sino que intervienen tensiones, intereses y decisiones políticas que influyen decisivamente en su construcción. Se decide, en su representación, qué elementos ubicar en la categoría de datos y cuales silenciar (Sonna 2014). Harley (2005) critica a la cartografía que se pretende neutral y también acuerda en que los mapas no son registros pasivos, dado que el contenido que detentan es selectivo y constituye, entonces, una manera de concebir, articular y estructurar el mundo. Explica que los mapas funcionan como expresiones del poder, vinculado al contexto político, y con ello buscan crear realidades espaciales que legitimen, por ejemplo, la conquista, el imperio o la fragmentación de identidades.

En ese *sentido*, Lefebvre reflexiona en torno a que

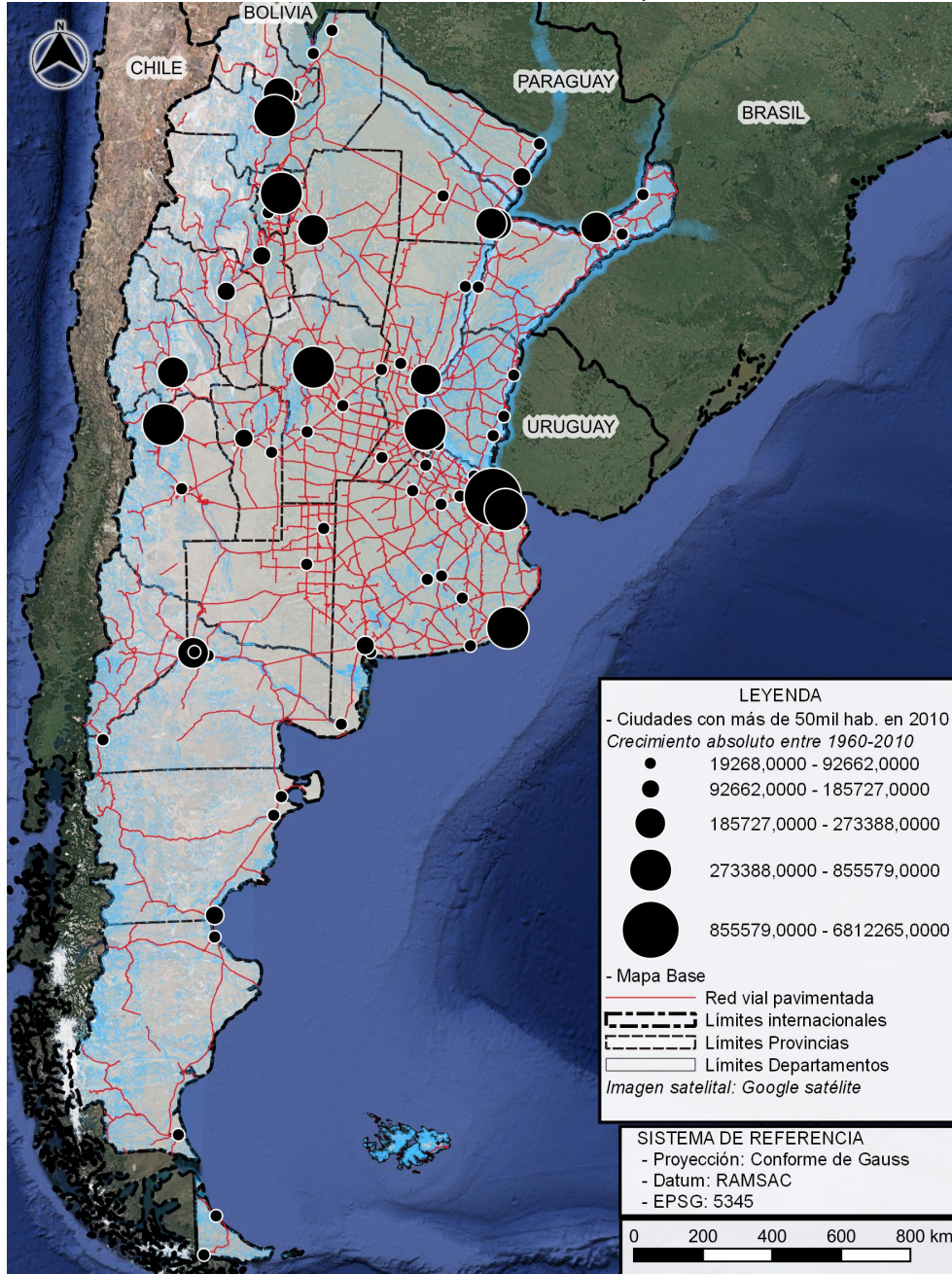
la homología –homogeneidad– de todos los espacios representados y plasmados sobre las superficies, ¿acaso no es la más eficaz de las ideologías reductoras? Ideología sumamente útil para la reproducción de las relaciones sociales existentes, ¡trasladadas en el espacio y en la reproductibilidad de los espacios! (Lefebvre, 1976:16).

Al no ser un calco en escala de la realidad, en la elaboración de mapas se modifica la información mediante los procesos de selección, clasificación, simplificación y simbolización, y es por ello pueden existir muchos mapas posibles con la misma información geográfica, cada uno de los cuales tendrá ciertas ventajas y limitaciones en la comunicación. Por más que se intente presentar a un mapa como una representación objetiva del mundo, este sólo cabe representarse de manera subjetiva.

A modo de ejemplo de lo dicho, a continuación, se presentan dos mapas que han sido elaborados con la misma información sobre la dinámica demográfica entre 1960 y 2010 de las ciudades argentinas con más de 50mil habitantes al Censo 2010. En el primero de ellos (Mapa 2), se realiza un mapeo que refleja el crecimiento absoluto, y en el segundo (Mapa 3) el crecimiento relativo. Esta sola decisión de seleccionar datos en términos relativos o absolutos, realza y oculta la relevancia de diferentes ciudades y fragmentos del territorio argentino. Si desde una dependencia estatal dedicada a la planificación territorial sólo se presentara uno de estos mapas para explicar la dinámica del sistema urbano regional argentino, en pos de fundamentar la distribución espacial de una política de inversión pública para la promoción de ciudades con tendencias de mayor crecimiento demográfico, la elección de una u otra representación llevaría a poner el foco en determinadas ciudades y no en otras, legitimando o deslegitimando la toma de decisión.



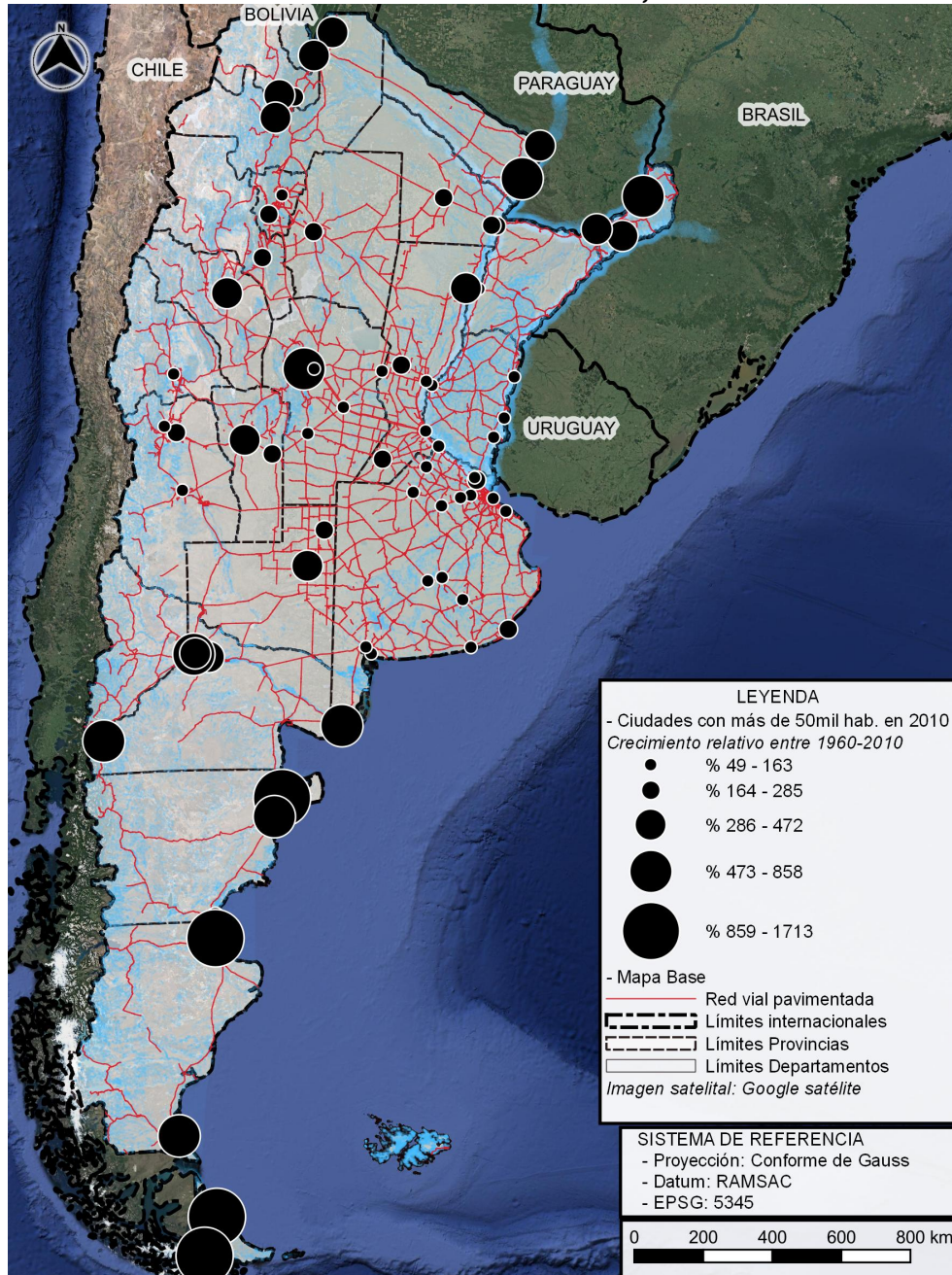
Mapa 2. Dinámica demográfica entre 1960-2010 de ciudades argentinas con más de 50mil habitantes al censo 2010, en valores absolutos



Fuente: Elaboración propia en base a datos INDEC



Mapa 3. Dinámica demográfica entre 1960-2010 de ciudades argentinas con más de 50mil habitantes al censo 2010, en valores relativos



Fuente: Elaboración propia en base a datos INDEC

En su práctica de economizar la verdad, los mapas censuran de manera selectiva partes de la realidad, especialmente tienden a deshumanizar el territorio que representan, fomentando la noción de un espacio socialmente



vacío, aligerando a la vez el cargo de conciencia respecto de injusticias socioespaciales censuradas en la representación (Harley, 2005).

En ese sentido, siguiendo a Lefebvre (1974), los mapas escinden el proceso de producción del espacio del objeto espacio, al plantearlo como mero escenario, receptáculo vacío de la realidad social y como un actor en sí mismo. Para el autor, no hay un espacio vacío, homogéneo, lleno de objetos, cosas o personas. El espacio es resultado de un proceso, es una práctica social, siempre producido y con características específicas y determinadas. El espacio es, ante todo, un producto social, fruto de las determinadas relaciones de producción en un momento dado, así como el resultado de la acumulación de un proceso histórico que se materializa en una determinada forma espacio-territorial. El mapa reduce todo al suelo, a la proyección sobre la superficie, al insípido aplanamiento, al tiempo en que se constituye en el espacio instrumental de los tecnócratas (Lefebvre, 1974).

La representación del espacio realizada por especialistas –urbanistas, arquitectos, sociólogos, geógrafos– deviene en el espacio dominante. Es un espacio compuesto por signos, códigos y jergas específicas producidas y reproducidas por estos especialistas que codifica, racionaliza e incluso usurpa el espacio plenamente vivido, el espacio experimentado directamente por sus habitantes y usuarios a través de una compleja amalgama de símbolos e imágenes (Lefebvre, 1974). En ese sentido, Harley (2005) acusa que la cartografía disciplina, normaliza y estructura el mundo, en tanto un mapa puede aprobar o desaprobado, invalidar o legitimar determinadas interacciones socio-espaciales, al tiempo que la naturaleza gráfica de los mismos condensa la potencia de representar un espacio socialmente vacío.

Entonces, siguiendo a Lefebvre, cuando se difunde un mapa desde una esfera con poder de predicamento en la sociedad, se producen relaciones especialmente beligerantes entre las representaciones del espacio –el espacio de los burócratas y los técnicos– frente a los espacios de representación - el espacio vivido y apropiado directamente por los habitantes. Para Lefebvre: “no existe el espacio urbano, sino espacios urbanos, varios espacios diferenciados, calificados, distintos del espacio geométrico o geográfico. Un espacio es la inscripción en el mundo de un tiempo.” (1971: 211).

Reflexiones finales. La imagen cartográfica no es neutral

Los mapas representan de manera selectiva y fragmentada el territorio. Como se mencionó a lo largo del documento, la cartografía es una herramienta de comunicación con un particular lenguaje, en el que la recolección de datos, simbolización, elección de la escala y proyección se enfocan en transmitir información geográfica que puede afectar e influenciar la visión del territorio, la relación con otros territorios, la posición e incluso la identidad de sus poblaciones.



Los mapas constituyen un discurso gráfico sobre los territorios y enuncian las hipótesis que se quieren transmitir sobre el mismo. Los mapas, en tanto discurso, portan una carga simbólica y una forma de saber que, de acuerdo con Foucault (1999), se constituye en una particular forma de poder. Por ejemplo, hemos visto que, en nuestra cultura, se impuso una visión eurocéntrica que acuñó la idea del “descubrimiento” y “conquista” de América a partir de una descripción cartográfica que enfatizó el aporte civilizatorio que realizó la acción europea en estas tierras.

Históricamente, el cartógrafo, lejos de ser un técnico poseedor de un conocimiento técnico e imparcial para representar la realidad en una imagen, es un sujeto social atravesado por las tramas de poder de su época cuyo conocimiento es instrumentado por éste. Comprender al mapa como mensaje social, implica alejarse del pensamiento positivista y emprender una tarea de descomposición de la retórica y de las metáforas cartográficas, prescindiendo totalmente del principio de la «neutralidad» y la «objetividad» que reviste al saber científico (Montoya, 2007).

Como conclusión, entendemos que debemos eliminar de nuestros imaginarios la noción de mapa como instrumento neutro y objetivo y pasar a entenderlo como un producto cultural, inscripto en un particular contexto social e histórico para atender intereses particulares.

Bibliografía

- Barriera Darío G. (2014). “La cartografía como discusión. Juventud y arbitrariedad en el Meridiano de Greenwich y otras disquisiciones sobre la interpelación cartográfica”. En *Cartografías del poder. Geopolítica del conocimiento*. Ministerio de Defensa de la Nación Buenos Aires.
- Foucault, M (1999). *La arqueología del saber*. Decimonovena edición. México: Siglo XXI editores.
- Harley, J. B. (2005). *La Nueva Naturaleza de los Mapas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Harley y Woodward (eds.) (1987). *The History of Cartography*. Volumen 1, Chicago - Londres, p. XVI.
- Lefebvre, H. (1976). *Espacio y política. El derecho a la ciudad, II*. Barcelona: Ediciones Península.
- Lefebvre, H. (1974). *La producción del espacio*. España: Capitán Swing, Colección entrelineas.



Lefebvre, H. (1971). *De lo rural a lo urbano*. Barcelona: Ed. Península.

Lois, C. (2015). *El mapa, los mapas. Propuestas metodológicas para abordar la pluralidad y la inestabilidad de la imagen cartográfica*. *Geograficando*, 11 (1).

Recuperado de:

<http://www.geograficando.fahce.unlp.edu.ar/article/view/Geov11n01a02>

López Trigal, L. (2015). *Diccionario de Geografía aplicada y profesional. Terminología de análisis, planificación y gestión del territorio*. León. España: Universidad de León.

Montoya Arango, V. (2007). *El mapa de lo invisible. Silencios y gramática del poder en la cartografía*. *Universitas Humanística* [en línea] (enero-junio): Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=79106309> ISSN 0120-4807

Novoa Torres, E. A. (2016). *Geografías de la diferencia. Espacialidad, política y acción social*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia (Sede Bogotá). Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales.

Sonna V. (2014) Mapas, representaciones y producción de sentido. En: *Cartografías del poder. Geopolítica del conocimiento*. Buenos Aires: Ministerio de Defensa de la Nación.